

no le contradecían en nada, él mismo se hacía objeciones, discutiéndolas con viveza, buscando una aprobación más bien en las miradas que en los labios de su oyente, y no deteniéndose hasta haberle persuadido. Al decir de él, nunca cometió faltas; y si su gobierno careció alguna vez de franqueza, fué porque él no encontró ministros bastante convencidos y resueltos para ir al fin por el camino más corto, haciendo frente á los prejuicios del vulgo. Luis Felipe añadía que si tuvo algunos fracasos ante las Cámaras y el país no dejó de preverlos, pero que su previsión no pudo evitarlos. «Para ser responsable del mal éxito de las empresas, afirmaba, hay que ser monarca absoluto, ó dictador revolucionario; un rey constitucional no puede hacer lo que quiere; basta á su gloria y al juicio de la posteridad que haya tomado la iniciativa de los grandes designios.» ¿Quién le había arrojado del trono? Un enemigo que un rey mal servido no puede nunca alcanzar: la calumnia. «Durante diez y ocho años me han calumniado, constantemente, decía, y nadie ha tenido el valor de defenderme.» Sus quejas, sus recriminaciones, sus arrebatos contra la injusticia de la suerte, contra la ingratitude de Francia y de Europa, de pueblos y reyes, fatigaban más que conmovían.

La irritación constante de Luis Felipe agotaba sus fuerzas. A principios del año 1849 sintióse enfermo, y á fin de cambiar de aires se hizo transportar á Richmond. Al regresar á Claremont, en el mes de marzo, sentíase muy débil, y esta debilidad fué aumentando de día en día. Los progresos del mal fueron rápidos y el viejo monarca murió el 26 de agosto, sin haber querido reconocer jamás que el gobierno levantado sobre las barricadas de 1830 fué, por su naturaleza, un gobierno transitorio, cuyos resortes exigían muchísimo cuidado, si se querían evitar súbitos rompimientos.

Luis Felipe entendió que si los intereses y sentimientos del país estaban representados por la Cámara electiva, la realeza, naturalmente investida de derechos iguales á los del país, era otra persona pública, que se hacía representar por ministros, prefectos y alcaldes, que no dependía de nadie y que no tenía que consultar más que sus intereses particulares. Este era su sistema. Desde agosto de 1830 hasta febrero de 1848, Luis Felipe se quejó constantemente de no encontrar un solo hombre de Estado que quisiera adoptar sus principios. No le faltaron ministros hábiles; pero en vano buscó consejeros afectos á la Corona, servidores siempre fieles y desinteresados de la realeza, ministros verdaderamente dinásticos; el propio Guizot tenía otras ideas y se mostró más dócil que convencido.

Mientras los intereses de la dinastía no se encontraron abiertamente en desacuerdo con los intereses del país, el sistema de Luis Felipe pareció prosperar. Después de la revolución de 1830, la primera necesidad que se hizo sentir fué la de la paz. Todas las transacciones comerciales y las relaciones administrativas habían sido súbitamente interrumpidas por la crisis revolucionaria; los intereses particulares se resentían de las circunstancias, y los negocios públicos no se hallaban en mejor situación. El rey estaba ganoso de la confianza del país, y el país deseaba consolidar el principio de

autoridad en manos del rey. En vano se elevaron entonces vehementes protestas contra los sacrificios impuestos en nombre del orden á la joven libertad; estas protestas fueron acogidas como voces facciosas.

Pero tan pronto como la paz estuvo bien afirmada, el país empezó á arrepentirse de las concesiones hechas á la corona, y el rey no cuidó más que de aumentar su poder. El antagonismo de los intereses estalló pronto. El rey, que no había recibido más mandato que el de reinar, pretendió gobernar; y el país, que no encontraba en sus instituciones suficientes garantías contra las usurpaciones de la corona, reclamó reformas. Ambas tendencias engendraron sentimientos hostiles. La política del rey se hizo personal, tanto en lo referente á la administración interior como en lo tocante á las relaciones exteriores del reino. El honor del país y sus grandes intereses fueron sacrificados á cálculos puramente dinásticos. Empeñada la lucha, ¿quién había de salir vencedor? El país, necesariamente. No siendo ni pudiendo hacer nada por sí misma, creada, sostenida y conservada por la opinión, la monarquía cayó tan pronto como la opinión se separó de ella.

El carácter personal de Luis Felipe influyó mucho en los negocios del reino. El monarca pretendía dominarlo todo. Amaba á sus hijos, y no tuvo jamás con ellos esas expansiones del corazón que marcan la confianza; no les interrogaba nunca, ni les inició jamás en sus propósitos. Si tenía necesidad de su concurso, les daba órdenes. Con sus ministros casi usaba igual reserva. En materia de gobierno, adoptó un sistema sobre el cual no admitía discusión. Ni déspota ni vanaglorioso, era sistemático y terco. Como estaba en la creencia de que no debía su fortuna más que á sí mismo, pensaba que para gobernar bien no necesitaba consejos de nadie.

El sistema de Luis Felipe no era de grandes proporciones. Este soberano quería simplemente constituir su dinastía, y los medios á que apeló fueron de los más vulgares. Pensando que la guerra podía desmoronar el edificio de su poder, procuró mantener la paz á toda costa. La paz es un gran bien. ¡Dichosos los gobiernos que pueden conservarla sin menoscabo de su honor! Mas para Luis Felipe no había cuestiones de honor, y todas las cuestiones de interés eran por él reducidas á los más estrechos, á los más miserables cálculos del interés personal. Burgués en toda la extensión de la palabra, buscaba con frecuencia quisquillas á sus vecinos, pero retrocedía tan pronto como había provocado su cólera, diciendo que la prudencia y la sabiduría consisten en saber soportar las injurias.

La paz en el exterior, y en el interior la preponderancia de los intereses materiales: tal fué el sistema de Luis Felipe. Como sus antecesores habían sido destronados por ideas, pensó que el medio más seguro de dominarlas consistía en excitar el apetito de los goces materiales. Estimuló la especulación y mostróse lleno de miramientos con los especuladores. Para fomentar el comercio y la industria, empleó los recursos del Estado en crear grandes vías de comunicación, abrir canales y echar puentes sobre los ríos, y no perdonó medio de quitar importancia á las ideas, para hacer prevalecer el arrogante escepticismo de los intereses.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO

LA SOCIEDAD FRANCESA AL TERMINAR LA NUEVA MONARQUÍA

I

PAUPERISMO Y SOCIALISMO

Las clases proletarias.—Sansimonismo.—Socialismo. Comunismo.

La Revolución francesa, poniendo en práctica el principio de libertad, rompió la servidumbre civil y política impuesta por las edades pasadas al nacimiento inferior y á la pobreza, ahora elevada á igual estado y derecho que los mayores y ricos. La base inferior de la sociedad, los hombres necesarios para los ministerios mecánicos de la vida, que en las repúblicas antiguas eran siervos sin cabeza propia, y en la Edad media unos adscritos al terrón, otros domésticos sin derecho ni propiedad, entraron de golpe en el pleno derecho político, con la necesidad, empero, de proveer por sí á su subsistencia y de establecer casa y familia, derechos limitados de varios modos en los Estados antiguos. Pasado el primer sacudimiento de la revolución, y reanimadas la agricultura, la industria y las artes, surgieron las consecuencias del rompimiento de los antiguos vínculos feudales. La indefinida división del suelo y el derecho hereditario de todos los hijos multiplicaron los poseedores territoriales y crearon una nueva clase de pequeños propietarios; resultado halagüeño al principio, pero preñado de dificultades futuras. Repitiéndose las divisiones á cada generación, se desmembró tanto la propiedad territorial, que pocos podían vivir con sólo el producto de ella; los más, estrechados por la miseria, pasaron de propietarios libres á jornaleros, y aún de condición peor que los siervos antiguos, cuyo señor venía obligado á prestarles auxilios en casos de enfermedades ó accidentes, mientras el moderno jornalero libre contaba sólo con sus fuerzas y pagaba además por su pedazo de tierra ó su choza abrumadoras contribuciones y otras cargas comunes, sin contar los diezmos y prestaciones feudales, aún no abolidas entonces del todo. Por fuerza debían empeñarse los más; si daban con usureros ó judíos, eran al cabo de pocos años echados de su casa y de su tierra, y á buen librar arrastraban una vida miserable seguida de muerte temprana, dejando su familia expuesta á la miseria, á la desesperación ó al crimen. Era aún peor este resultado en las grandes ciudades y para los obreros de fábrica ó taller. Abolidos los privilegios de gremios y oficios, creció el número de los artesanos libres hasta bajar por la excesiva competencia el valor de los productos y el precio de la mano de obra, tanto que el jornal no alcanzaba á

mantener una familia. Siguióse de aquí que la mayoría de los artesanos recibía la ley de los fabricantes y capitalistas, crecientes también, porque con el aumento y variedad de las necesidades y la pérdida de las antiguas ventajas de clase, los nobles preferían emplear sus rentas en empresas lucrativas, más que en el lujo ó los placeres. El operario, obligado á mantenerse á sí y á su familia con el jornal, vino á ser poco menos que el esclavo del fabricante, su conciudadano; ninguna ley lo aseguraba de no ser despedido arbitrariamente si decaían sus fuerzas ó enfermaba. El capital ejercía sobre el trabajo una tiranía inexorable y sistemática. A esto se juntaba que, en competencia con el crédito y papel moneda, llevado á una extensión desmedida, bajaba el valor relativo del metálico, y el salario del jornalero y del operario no guardaba ni aún en esto proporción con la ganancia del propietario y capitalista, cuando por otro lado el precio de las subsistencias y el lujo creciente ahondaban más el abismo entre el rico y el pobre, entre el propietario con capital, instrucción y cultura y el bracero atendido solamente á sus fuerzas físicas.

Esta injusticia social se hizo más sensible en la paz siguiente á la revolución francesa, ocasionando quejas frecuentes sobre el *pauperismo* de las clases inferiores. La libertad y la igualdad alcanzadas con torrentes de sangre parecían alejarse más que nunca del pueblo. ¿Qué había ganado la sociedad con que el *tercer Estado* votase al lado de la nobleza y el clero, si una parte de este mismo estado, el *cuarto*, sufría dura servidumbre? ¿Había arrancado la Revolución á la Iglesia su patrimonio, al clero los diezmos, á la nobleza las prestaciones señoriales, para sólo enriquecer á la clase media y dejar á las inferiores más desheredadas que antes?

Mientras los hechos de armas y grandes sucesos de la Revolución y el Imperio llevaban la atención hacia afuera, cundían ó se escuchaban poco estas quejas. El comunismo del republicano Babeuf, que pedía una nueva ley agraria con nivelación de bienes y de cultura, pareció un aborto tardío del genio revolucionario. Pero cuando la paz dejó manifiestos los males interiores y el abismo entre las clases desposeídas y las poseedoras, se alzaron muchas voces pidiendo una reforma social, cuya base pusieron, unos en el Cristianismo y la caridad, otros en ideas filosóficas ó en históricas instituciones, pretendiendo demostrar con cálculos la posibilidad de su sistema.

Francia, que dió la primera la voz de libertad é igualdad, fué también la madre de los sistemas socialistas. Según los medios propuestos, se dividen estos sistemas,

bajo el principio común de la igualdad de todos los hombres, en dos direcciones principales: la una *socialista*, que sin atacar los derechos existentes pretende, mediante la reunión de fuerzas físicas é intelectuales, producir tal suma de bienes comunes que destierre la miseria, y pueda aun el pobre alcanzar una parte de haber y de goce; la otra *comunista*, que pide la igualdad mediante la abolición de toda propiedad particular, substituída con la común administración y repartimiento de los productos del suelo.

Estos sistemas, no apoyados en el resorte del interés individual que mueva al trabajo con el aguijón del goce, sino en el estrecho egoísmo que convida al bien ajeno, desconocen el fin del Estado y del derecho, y no repitendo la libertad individual, idean una sociedad que traería una servidumbre y vinculación personal tan insufribles como todos los despotismos. Y si el comunismo tiene por base el egoísmo, poniendo el fin de la vida en la fruición presente, y olvidando las leyes superiores y eternas del mundo, el socialismo considera la naturaleza humana sólo idealmente, no cuenta con la flaqueza ó la perversión moral, con las pasiones y los apetitos, y tiende en el fin y en los medios á una filantropía que presume desterrar del mundo todo mal, aun el de la propia culpa, sin estimar ni contar su relación con la individualidad del hombre.

Abrió el primero de estos caminos el conde de San Simón, que como par nato de Francia y grande de España estaba en el primer rango de la sociedad. Rico en bienes y talentos, vino al mundo como hijo mimado de la fortuna; pero, perdido su patrimonio en la revolución, experimentó en una vida errante y accidentada todas las relaciones y vicisitudes sociales; por último murió en París en 1825, de resultas de un conato de suicidio.

San Simón mostró el primero la oposición social del pueblo trabajador y desheredado con la clase media poseedora, y creyó conciliar esta oposición mediante el precepto del amor cristiano, elevando la industria á primera función social. Estas ideas, expuestas en varios escritos y maduradas en silencio durante la Restauración por Olindo Rodríguez, hallaron bajo la revolución de Julio terreno propicio y numerosos partidarios. Bazard, hombre de recto sentido, liberal entusiasta y humanitario de corazón, antiguo jefe de la sociedad de los carbonarios en Francia, proclamó ante un numeroso auditorio la nueva doctrina: *que debe cesar la explotación del hombre por el hombre; que, mediante una distribución más equitativa del suelo, se debe prevenir el acaso ciego que hoy preside al destino humano*; y que para ello debe ser abolida la sucesión hereditaria, devueltas las herencias vacantes al Estado, y mediante un sistema de bancos, ser repartidas bajo el principio: *á cada cual según su capacidad; á cada capacidad según sus obras*, asegurando á los individuos contra el accidente de la naturaleza. Por entonces predicaba L'Enfantin el *nuevo Evangelio de la armonía de la carne y el espíritu*, oponiendo á la doctrina de la subordinación de la carne la del *derecho social de las inclinaciones humanas á ser satisfechas*. Una jerarquía sacerdotal bajo el supremo sacerdote ó el *Padre*, como ley viva, debía gobernar como *providencia* social la familia humana, dividida en varias categorías según la respectiva ocupación.

Mediante predicaciones, misiones y folletos, ganó esta doctrina y gobierno teocrático-industrial partidarios entusiastas. Fundóse en París una familia *sansimoniana* con numerosos talleres, como ejemplar del mundo futuro, según la ley nueva. Pero convirtiendo L'Enfantin su primera solicitud hacia las mujeres, procurando no sólo su igualdad social, sino la comunión de mujeres en la nueva familia, que amenazó degenerar en una camorra mujeril, abandonó el noble Bazard la sociedad viendo malogradas sus bellas ideas. Siguiéronle otros discípulos, y no dejando L'Enfantin su mal camino, empleando medios repugnantes para hallar la *mujer libre*, que como *esposa de la revelación* debía gobernar con el supremo sacerdote toda la familia, dejaron los juicios esta escuela, cerrando por último el gobierno la sala de reunión; y separado también Olindo Rodríguez, se disolvió la sociedad. L'Enfantin se retiró con sus compañeros, hasta que su vida singular, su porte extraño y su lenguaje misterioso lo hicieron despreciable, y la sentencia de los Tribunales coronó á estos últimos *sansimonianos* con un martirio inmerecido.

El sistema más completo y detallado de una reforma social es debido á Carlos Fourier, de Besanzón, que á un corazón excelente y sensible hacia los males de la humanidad juntaba un espíritu limitado y una fantasía exaltada.

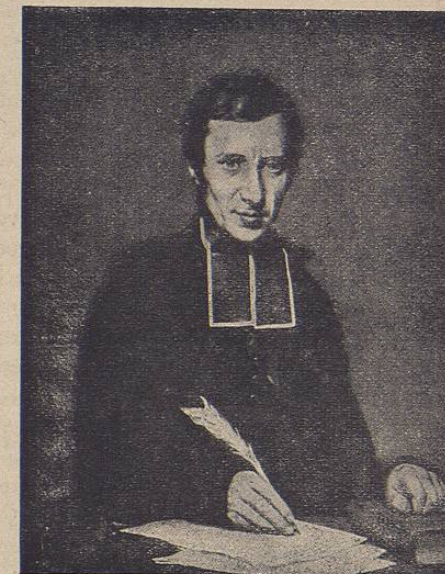
Educado en el comercio, y perdido su capital, entró de tenedor de libros en una casa, ocupando sus ocios en la concepción de su *sistema social*, que expuso en lengua oscura y terminología á veces ininteligible, y que sin embargo de muchos errores y quimeras llamó vivamente la atención. Según Fourier, la salud de la humanidad está en la unión de fuerzas y de individuos para fines comunes ó en la *armonía social*, cuya realización es el destino humano mediante el recto conocimiento de las inclinaciones, motivos y pasiones, y mediante la división de las funciones sociales según aquellas inclinaciones. La satisfacción de las necesidades en el trabajo como en el goce exige la unión de muchos individuos de diferente naturaleza, edad y sexo, en casa, y economía común, en *familia social*. Así, en lugar de la economía doméstica, separada como hasta aquí, y de la sociedad local sin vínculo interior, debe establecerse la economía social (Falange) en un grande edificio capaz para 1.200 á 1.800 familias (Falansterio), con un área como de una milla cuadrada; el capital social se forma mediante acciones, que dan un derecho de propiedad hereditaria sobre el suelo. El trabajo social se divide en diferentes clases y series con subdivisiones, como economía doméstica, cultura del suelo, fabricación, educación, ciencias, artes, ocupándose en ellas los miembros de la Falange según sus inclinaciones y sus aptitudes. Igualmente en el goce del producto ó en el consumo se tiene en cuenta la individualidad, midiendo la parte de cada uno por el capital impuesto, el trabajo y el talento. «Bajo esta organización social, decía Fourier, desaparecerán las malas pasiones y los crímenes, acabarán el egoísmo y el interés individual, reinarán las inclinaciones naturales y el amor fraternal; y mediante la recta aplicación de las fuerzas y las facultades asociadas, el producto común bastará abundantemente á toda necesidad, y remediará todo mal.» Un consejo de ancianos preside á la Falange.

II

LA RELIGIÓN Y LA IGLESIA

La Iglesia Católica.—La iglesia Protestante.

Comprimidos por las limitaciones en la vida política desde Napoleón y el Congreso de Viena, se echaron los espíritus inquietos en el terreno de la Iglesia, unos combatiendo con atrevida incredulidad toda religión, otros pretendiendo romper los vínculos antiguos religiosos. En la Iglesia Católica, la doctrina de la inmutabilidad enfrenaba la libertad de pensar; pero la resis-



El abate Lamennais, según un cuadro de Paulino Guérin (Museo de Versalles)

Fourier creía firmemente que el primer ensayo de su sistema daría excelentes resultados y lo propagaría en todas partes. En esta confianza hizo una invitación pública á algún amigo de los hombres para que le auxiliara en la empresa con un millón, y acudió durante doce años al sitio y hora señalados por él á esperar al hombre filantrópico con el millón. Varios ensayos posteriores para fundar el Falansterio se malograron por falta de medios.

El discípulo más hábil que tuvo Fourier fué Víctor Considerant, quien purgó de muchas nimiedades el sistema de su maestro y lo defendió de ataques y acusaciones.

Con más variedad de tendencias se formaron las *ideas comunistas*, que sirven de base á las más de las sociedades secretas.

La *Historia de la conjuración de Babeuf*, publicada por Buonaroti, dió el impulso á las *sociedades comunistas* bajo los principios de Babeuf, distinguiéndose de las primeras en no mirar exclusivamente al cultivo del suelo, sino á la industria. Afiliados á diferentes sociedades, tales como las de *Amigos del pueblo*, de los *Derechos del hombre*, de las *Estaciones* y de los *Iguatarios*, los apóstoles de esta doctrina predicaban en discursos y periódicos un comunismo que fundado en el materialismo pedía la abolición de la propiedad, de la familia y del matrimonio, como estorbos á la igualdad y fraternidad absolutas; condenaban la civilización, sus centros y representantes, y ponían el fin social sólo en la comunión y comunicación del trabajo, de los bienes y del goce. Esta doctrina, que menosprecia toda disciplina y ley común, y cuyos afiliados admiten para realizarla todos los medios, aun los sangrientos, retrajo últimamente á los juiciosos y sufrió divisiones, sobre todo desde la tentativa revolucionaria de 1839, de que resultó un partido comunista moderado, los *reformistas*, con aspiración á la igualdad política y á la distribución proporcional de los productos del trabajo, mientras los *babeufistas* caminaban á una revolución republicana para reorganizar la sociedad civil según sus principios.

Sobre los principios de los reformistas fundó Cabet, mediante sus *Viajes á Icaria*, el comunismo icariano, que pide también entera igualdad política, ya en forma monárquica ó republicana, y comunión de bienes mediante el repartimiento de los productos del suelo y de la industria; pero no toca al matrimonio y la familia, opone al materialismo grosero de los babeufistas la creencia en un Ser Supremo, y no aspira á practicar sus principios por la fuerza, sino por la educación y la convicción. Tiene por base de su sistema una Constitución democrática, y admite como intermedio desde el estado presente al futuro un estado de transición con igualación sucesiva de bienes y de cultura, y con modificación de los derechos hereditarios é institutos de educación.

Ocupa un lugar propio el *Comunismo crítico* de Proudhon, que después de combatir el derecho actual de propiedad, como la explotación del débil por el fuerte, é igualmente el comunismo, como la explotación del fuerte por el débil, pide el establecimiento de una *propiedad individual*, sin herencia y según el mérito de cada uno.

tencia á toda reforma, la tolerancia ó asentimiento á las supersticiones de la Edad media y la antipatía á las conquistas de la revolución y de la ciencia libre, le enajenaron la parte ilustrada del pueblo y provocaron dentro del clero mismo una oposición liberal, mientras los papistas y ultramontanos extremos pretendían resucitar la Iglesia de la Edad media con su culto sensible, su fanatismo y su intolerancia suspicaz; predicaban el silencio de la razón ante la fe, y no hallaban salvación fuera de la unidad romana.

A la revolución de Julio, hecha igualmente contra el clero legitimista que contra la política de la restauración, siguió un cambio total en lo religioso como en lo político. En lugar del rey ungido por la gracia de Dios, sucedió un rey elegido por el pueblo. Los jesuitas dejaron el país; el palacio arzobispal y algunas iglesias de París convertidas en foco de conspiraciones reaccionarias fueron allanados, y arrancadas las cruces con las flores de lis; cercenóse la renta de los obispos, y el Catolicismo romano perdió su puesto de religión privilegiada. Pero Luis Felipe supo con buenos oficios y concesiones oportunas reconciliar el clero con el trono de julio, y ganarlo á su dinastía. Pronto volvieron los jesuitas con nombres encubiertos y abrieron colegios de educación, y al cabo de un decenio estaba el clero tan seguro de su puesto, que pidió en alta voz la libertad

de enseñanza y la independencia de sus seminarios, con la intención de traer á sus manos la dirección de la juventud. Pero acaso no comprendió bien el clero la fuerza de la opinión nueva en Francia. Porque á Lamennais, defensor un día de una *iglesia infalible* contra la razón individual, y convertido luego en su libro *Palabras de un creyente* al sentido democrático del Evangelio, en el que anunció en imágenes proféticas y apocalípticas la caída del reinado y la igualdad de todos los hijos de Dios mediante una gran revolución, si este Lamennais, sincero, heroico, grande hasta en el error, rechazado por el papa, perseguido por el gobierno, condenado por los tribunales, fué sin embargo una potencia de opinión en Francia, era esta señal de que la mayoría de la nación no pensaba como el papa y el gobierno.

Con este sentido pretendió el abate Chatel fundar una Iglesia católico-francesa en el espíritu del liberalismo. Aunque reunió al principio algunas parroquias, vegetó la institución pobremente algún tiempo, y por último fué cerrada por la policía. Así, cuanto más se inclinaba el gobierno de julio á la Iglesia, hasta permitir la fundación de colegios de jesuitas y conventos, más se volvía á otro lado la opinión, la liberal como la republicana, y aun los moderados sospechaban de la sinceridad de Roma, á pesar de sus palabras, y prevenían que el edificio antiguo se convertiría en cuerpo de ripio. Mientras algunos profesores de la Universidad y escritores como Michelet y Quinet declaraban la guerra á la Iglesia y al jesuitismo, y apoyados por el ministerio Thiers alcanzaban la supresión de los colegios de jesuitas, tomaba la literatura republicana un carácter disolvente, substituyendo al principio de la unión del Estado con la Iglesia sistemas liberales con fines terrenos, y predicando en lugar de la religión del cielo una doctrina de goces materiales.

La opinión desorientada entre ambos extremos descansaba sólo en la religión práctica del trabajo, en el derecho, la moral y el amor humano, midiendo con esta norma los partidos contrarios, para seguirlos ó no.

La Iglesia protestante, por tener su raíz y fuerza en aquella época mayor variedad y divisiones que la Católica. La antigua oposición entre el *Racionalismo*, que funda toda religión en la razón como una *revelación natural*, y el *Supernaturalismo*, que la funda en una *tradición histórico-religiosa como revelación sobrenatural*, se sostuvo, aunque con fuerza decreciente en ambos partidos.

Así como Voltaire y los enciclopedistas precursores de la revolución francesa del 93 atacaron al cristianismo y á la Iglesia, así entre los años 30 y 40 del siguiente siglo volvieron filósofos y escritores atrevidos sus armas contra la religión cristiana, contra la creencia en Dios y en la inmortalidad, como precursores de la revolución general de 1848.

III

RELACIONES POLÍTICAS

El Occidente constitucional.—El Oriente absoluto.—Los Estados secundarios de Europa.—Las Repúblicas.

La revolución de Julio dividió los Estados europeos en dos grandes cuerpos: el Occidente constitucional bajo el influjo de Francia é Inglaterra, y el Oriente ab-

soluto bajo la preponderancia de Austria, Rusia y Prusia. En los Estados menores, Escandinavia, Alemania é Italia, los pueblos se inclinaban al progreso constitucional y simpatizaban con Inglaterra y Francia; pero los gobiernos y la aristocracia hereditaria y oficial profesaban el principio de la monarquía histórica, que los inclinaba al Austria y Rusia, ó cuando más, satisfacían parcialmente las exigencias de los pueblos, mediante representaciones políticas limitadas, con preponderancia de los elementos conservadores. Tendencias análogas, la común rivalidad de preponderancia y la habilidad diplomática que en esta ocasión desplegó Talleyrand estrecharon las relaciones entre el gobierno de julio y el partido wight, dominante entonces en Inglaterra; y aunque no faltaban de vez en cuando quejas políticas, que en la publicidad del Parlamento y la prensa no podían quedar secretas y alteraban pasajeraamente la buena inteligencia de ambos gobiernos, el interés común, la simpatía de Guizot y otros políticos franceses hacia Inglaterra, la de lord Brougham y otros ingleses para con la Francia, no dejaban llegar las quejas á formal rompimiento. Cuando los ingleses, celosos abolicionistas del comercio de esclavos, pretendieron en 1831 el derecho de visitar los buques sospechosos, y cuando más adelante, en 1840, formaron con los gabinetes absolutos la *Cuádruple Alianza* para las cuestiones de Oriente, se despertó en el pueblo francés la antigua rivalidad nacional. Cuando el gobierno de Luis Felipe quiso desterrar de la isla de Otahiti el protestantismo y fundar allí un protectorado francés, se sintió herido el Episcopado aristocrático y el orgullo político inglés. Pero, no obstante estas ligeras disidencias, la unión de los Estados constitucionales, afirmada y expresada en la *cordial inteligencia* de los dos monarcas, que en 1844 se hicieron una visita amistosa, no sufrió interrupción grave ni duradera.

Semejante común interés unía á las tres potencias absolutas para mantener entera la soberanía *por la gracia de Dios* contra el principio revolucionario de la soberanía del pueblo; para combatir el democratismo creciente y prevenir las conspiraciones y planes de trastornos intentados por los polacos emigrados, enemigos comunes de los tres gobiernos. Repitieronse por la propaganda polaca muchas tentativas para apoderarse con un golpe de mano de la ciudad de Cracovia, depositaria de los cuerpos de los antiguos reyes, y dar en ella la voz de independencia. El primer intento (1836) acabó por la ocupación temporal de la república, y repetida la empresa diez años después, hasta el punto de establecer un gobierno revolucionario, fué incorporada Cracovia á la monarquía austriaca, con asentimiento de Rusia, sin hacer caso de las protestas de Inglaterra y Francia contra aquella violación de los tratados de Viena.

Los Estados menores no ejercieron, en la primera mitad del siglo XIX, una influencia muy considerable en la vida común europea. Alemania, no llamada á una grande acción ni distraída por grandes intereses en guerras exteriores, quedó limitada á la esfera de la Iglesia y de la ciencia, en las que se empeñaron nuevas luchas. España y Portugal, divididas interiormente por guerras dinásticas y luchas constitucionales, seguían en la política exterior la voz de Francia ó de Inglaterra. Lo mis-

mo Bélgica, que, ocupada en defender su libertad política é intelectual contra las pretensiones del clero, prosperaba en todo lo demás bajo un monarca moderado; mientras Holanda, gravada con una enorme deuda, veía á su rey Guillermo I de Orange renunciar el trono en su hijo del mismo nombre y llevar consigo muchos millones al extranjero. Las cortes escandinavas de Esto-

ponderante, contra la cual dispuso el gobierno francés una expedición marítima, que en la noche del 23 de febrero de 1832 ocupó de improviso el puerto y ciudad de Ancona. La curia papal protestó, puso entredicho sobre Ancona, pero últimamente, según la ley de los débiles, se conformó á la necesidad. Francia, renovando antiguas memorias de su poder en Italia, é Inglate-



Guizot, copia de un cuadro pintado por Pablo Delaroche

lmo y Copenhague, ligadas á Rusia en común destino y embarazadas dentro, ó por las libertades aristocráticas y populares, ó por la falta de una ley de sucesión, estaban limitadas á la vida interior, sin influjo sensible fuera. En Italia murieron pronto las esperanzas reanimadas por la revolución de Julio. Los movimientos revolucionarios de Bolonia, Módena y Parma (1831) fueron pronto cortados por el cañón austriaco, y los príncipes de los dos últimos Estados volvieron á sus sillones ducales. En Roma, donde Gregorio XVI olvidaba los consejos de las Potencias para tranquilizar al pueblo con reformas oportunas, acudieron á las armas las legaciones cansadas de opresión. Las tropas papales, completadas con bandidos y presidiarios, atropellaron como enemigos los pueblos indefensos, y hasta los templos, tanto que los austriacos debieron acudir á proteger el país y el gobierno contra sus propios soldados. Pero esta intervención daba al Austria una influencia pre-

rra, codiciosa de nuevos mercados para sus artefactos, no perdían de vista la Península, y alimentaban, para tener camino á una intervención, las esperanzas de los liberales. Pero la vecindad del Austria, las bayonetas mercenarias suizas en Nápoles y Roma, y los hábitos políticos de los pequeños príncipes italianos contrariaban aquella influencia y malograban todos los planes revolucionarios. Grecia, obedeciendo alternativamente á Inglaterra, Francia, Rusia y la Puerta, no podía, á pesar de su Constitución política reciente y su libertad religiosa, alcanzar la seguridad interior, la independencia y el respeto exterior. Finalmente, el Imperio otomano, corrompido más que civilizado por las costumbres europeas, caminaba á una ruina inminente, retardada por las rivalidades de las grandes potencias.

La Suiza sufrió después de la revolución de Julio grandes sacudimientos interiores, que substituyeron en la mayoría de los cantones las constituciones aristocrá-